

LOS ITINERARIOS CULTURALES DE LA REVOLUCION

POR

LOUIS DAUJARQUES.

“... si hiciese falta definir con una sola palabra el teatro de hoy en los Estados Unidos, sería la de «revolución» la que más frecuente se nos ocurriría”... “la palabra «revolución» es la que nos viene a la boca. Revolución de los negros, del tercer mundo, de la juventud”... “Se utiliza mucho una pa'abra cuando la cosa asusta...”

Esta afirmación no es, como podría pensarse, la de un nostálgico cascarrabias, sino la de una periodista completamente dispuesta al diálogo, que escribe en las columnas de *Le Monde*... (1).

Por esta razón nos hemos creído autorizados para discurrir a nuestra vez sobre esta revolución cultural, y como se trata de recorrer sus itinerarios, tomaremos, para comenzar, el camino más largo auxiliados por las siguientes anécdotas.

La primera tiene por marco el festival de Aviñón en julio de 1968. La antigua Ciudad de los Papas fue entonces una ciudad ocupada por las tropas “hippis”; en particular por el Living Theatre, cuyo director, Julian Beck, proclamaba por doquier (2):

“Si el arte no basta para hacer la revolución, puede al menos preparar los ánimos para ella. Puede ayudar al movimiento revolucionario, dando a los obreros una idea de lo que la revolución

(1) Nicole Zand: “Broadway découvre la révolution” (*Le Monde* del 13 de enero de 1969).

(2) Oído precisamente durante una emisión televisada sobre el Festival de Aviñón (O. R. T. F., 2ª cadena, 21 de diciembre de 1968, a las veintiuna horas).

puede traerles. Una representación del *Paradise now* (3) puede llevar al obrero a la revolución, a la que de otro modo teme."

La segunda anécdota sucede en París unos meses más tarde. Sam Francis presenta una exposición de lienzos, pero estos lienzos tienen la particularidad de que están completamente vacíos, y sólo están bordeados con una tira de color pintada de unos dos o tres centímetros de anchura... Cierta crítica de arte llega a esa exposición y escribe sobre ella algunas líneas que muestran o bien que se trata de un genio asombroso, pero hasta entonces encubierto, o bien de una total inconciencia, que la Facultad de medicina diagnosticaría a primera vista. He aquí ese hermoso trozo antológico (4):

"La pintura se suelta, se escurre, sangra por los bordes, adonde hace el último esfuerzo por agarrarse... Lo pintado encuadra a lo no-pintado. Gracias a esta inversión, la relación tradicional entre lo finito de las formas y lo infinito de la extensión queda expresado en lo que hay de grotesco y de trágico."

Estas dos anécdotas son unos de tantos ejemplos entre otros muchos; y cualquiera de nosotros podría citar multitud de ellos a cual más significativo. Su interés está en que ilustran dos aspectos de la nueva cultura: el primero, el de la cultura "comprometida"... El segundo, el de la cultura "engañabobos", es decir, en nuestro caso, engaña críticos... Y, sin embargo, estos aspectos son parte del mismo movimiento: el movimiento revolucionario; y toman los mismos caminos, los culturales. Igualmente la finalidad de esta disertación introductoria consiste en ensayar un bosquejo sobre las relaciones que preferentemente mantienen entre sí la Revolución y la cultura. No se trata, pues, de una especulación

(3) *Paradise Now* (El paraíso de ahora) es el espectáculo más conocido del Living Theatre (El teatro viviente), cuyo fin es transformar al espectador en actor y llevar el teatro a la calle.

(4) Su autor es Pedro Schneider. Esta anécdota ha sido narrada más extensamente en *Le Figaro* del 19 de diciembre de 1968 por Raimond Cognait bajo el título "La crítica de arte y las trampas de la inteligencia"...

sobre temas sensacionales, como sobre la "revolución estudiantil", sino más bien en dar un paso atrás, en ponerse en una posición de perspectiva con respecto a los acontecimientos recientes, con la finalidad, si pudiera ser, de investigar sus elementos primarios para, finalmente, comprenderlos mejor e, incluso, combatirlos mejor.

Lo que quisiéramos, sobre todo, a lo largo de los razonamientos que habrán de seguir, sería esclarecer la naturaleza del trabajo que propone "l'Office International", y demostrar "en negativos" su utilidad esencial. En efecto, la Revolución, ¿no es acaso el sistema contra el cual los participantes en el Congreso de Lausana han sido invitados a manifestar una "hostilidad suficientemente activa"? Y ¿no es la cultura la forma preferida de acción, que preconiza, en su propia sigla, "l'Office International"?

Es menester, pues, definir aquello para lo que hemos sido convocados, simplemente para no hacer lo contrario de lo que debemos decir, porque la generosidad de las intenciones nunca ha sustituido a la coherencia en la acción.

Por eso, una vez propuesta una definición del fenómeno revolucionario, trataremos de mostrar cómo la revolución de la sociedad discurre por la subversión de la cultura.

I. ¿QUÉ ES LA REVOLUCIÓN?

Antes de responder directamente a esta difícil cuestión hay que indicar, previamente, lo que no es la Revolución, y denunciar de esta forma ciertas interpretaciones corrientes pero incompletas, por no decir erróneas, del fenómeno. En el sentido preciso como la entendemos, la Revolución no es ni la violencia, ni un acontecimiento histórico preciso, ni siquiera el propio marxismo.

La Revolución no siempre es la violencia

La mentalidad burguesa equipara indefectiblemente el motín, las asonadas, las algaradas, en resumen, todas las acciones violentas con la Revolución, lo que la lleva a oponerse solamente a

la violencia, y a descuidar todo lo que no turbe su tranquilidad o no ponga en peligro sus intereses. Como, por ejemplo, tenemos la actitud de aquellos que condenan las algaradas estudiantiles y claman por su represión, sin darse cuenta que esas violencias, que reprueban, no son sino la consecuencia de la subversión intelectual que nunca habían combatido —si es que ellos mismos no la habían animado—... Es asimismo la reacción de los que, al confundir la Revolución con la violencia, pretenden luchar contra la revolución por medio de reformas —que en su lógica son medios pacíficos—, olvidando que hay reformas perfectamente revolucionarias (como la ley Neurwirth, relativa a la regulación de los nacimientos y perfectamente contraria a la *Humanae vitae*). Son los que repiten el sofisma de Prudhom, cuando escribía respecto a las revoluciones: “El único medio para conjurar sus peligros es darles el derecho de existencia. Las resistencias exageradas son las que determinan las explosiones violentas” (5); son, precisamente, los que acaban realizando, por caminos reformistas, el programa de la Revolución. Esta no es un mero romanticismo, y sabe, por mor de la eficiencia, que no debe descuidarse la paciencia, y cómo han de utilizarse las reformas en propio provecho, con el solo fin de minar metódicamente al edificio social (6).

(5) Idea general de la Revolución en el siglo XIX.

(6) Stalin, en su *Doctrina de la U. R. S. S.*, explica perfectamente esa táctica: “Para el reformista, la reforma lo es todo (...). Para el revolucionario, al contrario, lo principal es el trabajo revolucionario y no la reforma; para él la reforma no es más que el producto accesorio de la revolución. Por lo que con la táctica revolucionaria, en las condiciones de existencia del poderío burgués, una reforma se convierte naturalmente en un instrumento de desintegración de ese poderío, un instrumento de refuerzo para la revolución, un punto de apoyo para el desarrollo continuo del movimiento revolucionario”. ¿Qué pensar, entonces, de las apreciaciones de Raimond Arón, que, no obstante, es considerado como un buen especialista del fenómeno revolucionario, pero que, como buen liberal, escribe: “No se mejora la condición de los hombres con el romanticismo de la revolución, sino gracias a una larga paciencia”? (*El gran cisma*, 1948). No es que la “larga paciencia” sea inútil para la mejora de la con-

La Revolución no es solamente un determinado acontecimiento político.

Se trata, en efecto, de no confundir a la Revolución con las revoluciones, es decir, con las fechas que están señaladas en la historia por los golpes de Estado, por los cambios del personal político y hasta por los cambios de régimen. Indudablemente, diremos siguiendo a Valéry, que “una revolución realiza en dos días la labor de cien años, y pierde en años las obras de cinco siglos”. Pero, por otra parte, cuidemos no insistir demasiado en tal o cual acontecimiento particular, pues corremos un gran riesgo de realizar un “bloqueo político” perjudicial a la serenidad de la doctrina. Y, además, una revolución es frecuentemente un fenómeno complejo, en el cual los errores del poder anterior se mezclan con los de los nuevos amos. En fin, y sobre todo, un cambio de régimen siempre y solamente es el resultado visible, y a veces lejano, de una crisis cultural y humana, cuyos verdaderos responsables han desaparecido las más de las veces. Por eso, también los sociólogos han podido definir una revolución como una tentativa desesperada de los hombres para construir en el lugar del antiguo orden, que ha quedado destruido, un nuevo orden y para recobrar una apariencia de estabilidad indispensable a su conciencia. Por ello conviene no perderse en la complejidad del acontecimiento revolucionario. Oponerse a la Revolución no es ser hostil a 1789, o a 1848, o a 1871, o hasta a 1917, o, mejor dicho, no es eso solamente, no es fundamentalmente eso.

La Revolución no se reduce solamente al marxismo.

Es bueno recordar que, para Marx, el término “revolución” tiene un sentido preciso: no es cualquier cambio, sino ese cambio cualitativo que consiste en pasar de un tipo de relaciones de pro-

dición humana o específicamente revolucionaria, ¡al contrario! Pero no es la verdadera alternativa.

ducción a otro. Es, pues, una muestra muy parcial de la Revolución, que data singularmente de hoy. Además el marxismo teórico no apareció sino desde 1848 y no explica las revoluciones anteriores. Su influencia es considerable. Hasta puede ser considerado —lo precisaremos muy pronto— como una especie de coronación, de apoteosis del pensamiento revolucionario, del cual no posee, no obstante, ni el monopolio ni la paternidad.

Llegamos de esta forma a una *primera conclusión*: la lucha contrarrevolucionaria no es en verdad ni la oposición a la violencia, ni la solidaridad con los reformistas de toda especie, ni la hostilidad hacia un acontecimiento preciso de la historia, ni el antimarxismo... La contrarrevolución, como decía de Maistre, es lo contrario de la Revolución, ¡lo cual, me diréis, es lo que nos queda por definir!...

La Revolución o la Razón negativa.

Al hablar de la Revolución, muchos se concretan a la definición dada por Littré: "Cambio en las cosas del mundo, en las opiniones." Pero ¿bajo qué criterio se produce ese cambio? Para el relativista ese criterio varía según las épocas. Tal concepción encierra ya en su razonamiento la noción de cambio. Es en sí misma prácticamente revolucionaria, porque obliga a los que la abrazan a engendrar una corriente revolucionaria antes que repudiar una posteridad que nunca dejará de aventajarles. Pongamos un ejemplo: los liberales destruyeron en 1789 la sociedad del Antiguo Régimen sin prever que ciento cincuenta años más tarde se aferrarían a los restos que de él quedaban... Permítasenos juzgar esa actitud poco razonable y estimar que el criterio de la Revolución no es un dato tan fluctuante... El "cambio" de que habla Littré es una noción que por lo menos en un momento dado tendrá que ser absoluta: en el momento en el cual se produzca la estabilidad en una sociedad, es decir, una sociedad en la que reine la unidad. Y ésta se manifestó históricamente de la forma más brillante durante la Edad Media cristiana, e intelectualmente en

la obra de Santo Tomás de Aquino. *Esta que es a la vez teológica, moral y política se asienta sobre una majestuosa jerarquía de leyes: la ley eterna, que preexiste en Dios, la ley natural, que es Su reflejo en el corazón del hombre, y la ley humana —adaptación de la ley natural a la variedad de las situaciones— y de las patrias... De este modo, de abajo arriba y de arriba abajo, circula el mismo espíritu y se manifiesta de forma luminosa la unidad fundamental del plan divino.* Hay campos distintos —la religión, la moral, la política—, pero en ello sopla el mismo Espíritu y penetra la misma doctrina, fundamentados en el Evangelio. Y si observamos la historia, habremos de ver esto a través de las diferentes revoluciones: la Revolución se manifiesta, cualesquiera que sean sus formas variables, como una tentativa de subversión contra esta civilización cristiana, de negación del Decálogo aplicado a la organización de la Ciudad, aunque esta aplicación sea, por otra parte, consciente o no, aunque se apoye sobre una fe explícitamente católica o no. Ha de ser contra los fundamentos naturales de la civilización cristiana contra los que se han de enfrentar, a lo largo de los siglos, los “intelectuales de moda”: como los de la Reforma en nombre del humanismo y del libre examen, celebrado el culto al individuo y no a Dios, oponiendo la razón, al arte y a la fe, que después de la pausa relativa de la Edad Clásica anuncian el demoliberalismo del siglo XVIII. Este se comporta, ante todo, tanto entre los Enciclopedistas como entre los libertinos, de modo irreligioso. Si se opone a los principios del Antiguo Régimen es por hostilidad a la Iglesia y al derecho divino y no por un ideal de libertad (ya que Voltaire admira a los déspotas, a los que llama “iluminados”, y el *contrato social* está muy alejado del anarquismo aparente, que se puede vislumbrar en el resto de la obra de Rousseau). La revolución es ya cultural.

“La mayoría de los franceses pensaba como Bossuet; y de repente, como ha escrito Paul Hazard, los franceses piensan como Voltaire: es una revolución”(7). Y esta revolución se empeña en

(7) *La crisis de la consciencia europea*. Cfr. su edición española, Ed. Pegaso. Madrid, 1952.

cambiar el sentido de las palabras: la razón clásica de Boileau se cambia en la razón crítica de Pedro Boyle, la naturaleza humana, creada por Dios se transforma en naturalismo —manifestación de independencia de la naturaleza física con respecto a lo sobrenatural—, la dicha terrestre reemplaza a la salvación del alma, el progreso indefinido y lineal se opone a la fe. Es una “religión laica” —inversión del cristianismo la que se intenta instaurar, es una “ciudad celeste” (según la expresión del americano C. Becker) la que se pretende edificar sobre la tierra: pero el nuevo orden niega la soberanía de Dios sobre el mundo. *Este es el carácter permanente de la Revolución*, que describe así Feuerbach en 1841 (8):

“La individualidad ha ocupado el lugar de la fe; la razón, el de la Biblia; la política, el de la religión y de la Iglesia; la tierra, el del cielo; el trabajo, el de la oración; la miseria, el del infierno; el hombre, el de Cristo.”

Este odio al cristianismo es fundamental entre los revolucionarios (9). La revolución es anticristiana porque su Dios es el Hom-

(8) *La esencia del cristianismo*.

(9) Conviene citar aquí la frase de Mons. Gaume (citada en *Para que Él reine*, de Juan de Ousset, página 122): “Soy el odio de todo el orden que el hombre haya jamás establecido y en el que no sea él a la vez rey y Dios... Soy el fundamento del estado religioso y social sobre la voluntad del hombre en lugar de sobre la voluntad de Dios. Soy Dios destronado y el hombre en su lugar... Por ello me llamo Revolución, es decir, derrocamiento”. Y Nesta H. Webster, en *Secret societies and subversive movements*, precisa: “La meta final de la Revolución no es el socialismo, ni siquiera el comunismo; no es el cambio del sistema económico actual; no es la destrucción de la civilización en el sentido material. La revolución deseada por sus jefes es moral y espiritual; es la anarquía de las ideas, en la cual todas las bases admitidas desde hace diecinueve siglos quedarán derrocadas, serán pisoteadas todas las tradiciones hasta entonces veneradas, y, por encima de todo, será obliterada la idea cristiana”... Es en este sentido, en el que hay que comprender la reflexión de J. de Maistre a propósito de la revolución: “por largo tiempo la habíamos tomado por un acontecimiento; estábamos en un error: es una época”. De Maistre tiene razón, si se que entiende por “época” en su sentido estricto, en el sentido griego de “epokhé” (punto de parada), recogido por D’Alembert en su

bre liberado de Dios. Es atea porque reemplaza la eternidad por la historia y pone al hombre frente a la nada de su transformación histórica. Por eso implica no solamente la repulsa de los sistemas de valor tradicional, sino principalmente, por esta misma repulsa, la negación perpetua de todo sistema de valores: porque tal sistema uniría al hombre a elementos de referencia estables, que no crearía él mismo, que no juzgaría insistentemente en su acción histórica, ya que tal sistema constituye una enajenación, y por ello un atentado a la divinidad del Hombre y al restablecimiento de Dios en su soberanía. La Revolución niega todo valor estable, todo orden, todo dogma. Le hace falta, para vivir, suprimir todo criterio, abolir todo juicio objetivo, velar por la destrucción incesante de los equilibrios, que puedan reconstituirse, con el fin de lanzar al mundo al movimiento puro, a la Acción libre, portadores de sus propias riquezas.

La sola realidad de la Revolución es la Acción: lo verdadero o lo falso, lo bueno o lo malo, no existen como tales. El sí o no pierden todo sentido; la afirmación misma no tiene significado. Es, pues, la inversión por excelencia del saber cristiano, que está fundado sobre la regla "Est, est..., Non, non". Se comprende ahora por qué el marxismo no es más que un heredero de la Revolución, aunque sea su heredero privilegiado, ya que su filosofía es la única que se supera a sí misma. El gran mérito de Albert Camus fue haberlo dicho: "La profecía de Marx —escribió en *L'homme révolté*— es revolucionaria porque completa el movimiento de negación comenzado por la filosofía de las Luces... La fe fue reemplazada en 1789 por la razón... La revolución se identifica con el ateísmo y con el reinado del hombre... El proletariado es en primer lugar el portador innumerable de la negación total" —esta negación total que Feuerbach exalta cuando proclama: "La auténtica filosofía es la negación de la filosofía.

artículo de la Enciclopedia: "es el estado de espíritu por el cual no establecemos nada sin afirmar ni negar cualquier cosa". Este punto de parada es también, en efecto, un punto de partida, el de una cronología particular, impregnado de un pensamiento anticristiano.

Ninguna religión es mi religión. Ninguna filosofía es mi filosofía" (10).

Esta *Razón negativa* es la que caracteriza el espíritu revolucionario. Esta Razón, que ya no es un medio de conocimiento y de juicio, sino, según Marcuse, "el poder subversivo, el poder de lo negativo"; esta Razón, que niega todo y que se niega a sí misma, es en verdad la sinrazón. Implica, en todo caso —y ésta será nuestra segunda conclusión— "La certidumbre de la infinita plasticidad del hombre y la negación de la naturaleza humana" (*L'homme revolté*). La revolución es antagónica a la naturaleza humana, que necesita estabilidad. Sabe que ha menester de "cambiar de vida", y en ello estriba el sentido profundo de las revoluciones culturales. Sus adeptos se han dado cuenta de que los diversos comunismos y los múltiples socialismos tenían tendencia

(10) Hay que captar perfectamente ese carácter fundamental de la Revolución, que es el de negación. Trotsky afirmaba: "todas las relaciones sociales se transforman mientras la lucha interior continúe. La sociedad no hace más que cambiar continuamente de piel... Estas connotaciones forman, al verificarse, combinaciones y relaciones recíprocas, de tal forma complejas, que la sociedad no puede llegar a un estado de equilibrio. En esto se funda el carácter permanente de la revolución socialista" (*La revolución permanente*). Y Mao escribía en 1957: "La filosofía marxista considera que la ley de la unidad de los contrarios es la fundamental del universo... Los aspectos opuestos de la contradicción coexisten lo mismo en la unidad que en la lucha, y ello estimula al movimiento y al cambio de las cosas y de los fenómenos.." (*De la justa solución de las contradicciones en el seno del pueblo.*)

Las divergencias aparentes de las diversas escuelas revolucionarias no deben, pues, sorprender demasiado, ya que la Revolución se esfuerza en avanzar siempre ¡negándose! ; No declaraba Daniel Cohn Bendit el 2 de septiembre de 1968 en el congreso anarquista de Carrara que "para nosotros el problema no está entre marxismo o anarquismo; está en averiguar y poner en práctica los métodos más radicales con vistas a la revolución"...

Citemos, en fin, esa afirmación tan categórica de Proudhon: "Nuestro principio exclusivo es la negación de todo dogma; nuestro argumento es la nada. Negar, siempre negar, es nuestro método; éste nos ha conducido a proponer como principios: en religión, el ateísmo; en política, la anarquía; en economía política, la no-propiedad".

LOS ITINERARIOS CULTURALES DE LA REVOLUCION

a plasmarse cada vez más en nuevos dogmatismos, y por ello de fracasar en el plan del espíritu revolucionario, que postula el movimiento puro. Conscientes de ese fracaso intentan demostrar hoy en día que:

II. LA REVOLUCIÓN AVANZA GRACIAS A LA SUBVERSIÓN DE LA CULTURA.

Este es el significado de esta tentativa que ahora es preciso analizar, definiendo la noción de cultura y, más adelante, describiendo su subversión.

¿Qué es la cultura?

Me perdonaréis, así lo espero, que os cite esa fórmula ya demasiado conocida; pero cuando Eduardo Herriot decía que "la cultura es lo que queda cuando todo se ha olvidado", no sólo intentaba excusar su falta de memoria, de que le acusaba León Daudet..., sino que enunciaba una verdad. En efecto, la cultura no es solamente un conjunto de conocimientos. No es el saber, sino más bien la influencia de ese saber sobre nuestro raciocinio, el mecanismo intelectual, que queda una vez olvidados los conocimientos. Estos informan, pues, a nuestro espíritu, el cual a su vez los refleja. Cuando se habla de cultura se evoca, pues, principalmente, cierta espiritualidad, cierta cualidad de entendimiento, una manera de abordar los problemas. En ese sentido se habla de la cultura clásica, de la cultura humanista, de la cultura general, etc... La cultura es, pues, indudablemente, un patrimonio intelectual y asimismo una cualidad del alma. Y esta cualidad del alma dependerá de las tendencias de ese patrimonio y de la parte que proceda de la libertad humana. Porque, como indica el Cardenal Siri (11):

(11) Cartas Pastorales sobre *Ortodoxia, errores y peligros - Ortodoxia, repliegues, compromisos*. Múltiples pasajes tratan de la cultura, especialmente en sus relaciones con la fe.

“La cultura... sólo es un campo, en el cual todo puede estar limpio o sucio, según el comportamiento de los hombres... Es una cosa grande como el hombre es grande, y es tan corruptible como el mismo hombre.” ¿Cómo se plantea este problema en el mundo moderno?

La cultura tradicional no es otra cosa sino esa organización particular del alma que expresa la necesidad de unidad en el conocimiento humano, de homogeneidad en el mundo exterior, es decir, la adecuación del objeto al entendimiento y la busca incesante de una finalidad. Sus obras pretenden, de hecho, mostrar la belleza y la armonía del orden natural. Testimonian una realidad exterior al hombre, una sumisión del hombre a esa realidad y le proporcionan un conocimiento especulativo. La cultura tradicional reproduce lo real: puede interpretarlo, burlarse de ello a veces, pero nunca lo niega. Así, le da al hombre a través del tiempo elementos estables de referencia y corresponde precisamente a las exigencias fundamentales de la naturaleza humana... Es su soporte intelectual, por así decirlo, y su expresión artística. Por ello, esta cultura clásica, a base de “humanidades”, ha servido para nutrir a las jóvenes generaciones y mantener a las antiguas en sus disciplinas inmutables, plasmando tan precisamente la naturaleza humana, por lo que esta cultura clásica no puede menos de ser repudiada por el espíritu revolucionario, que exige —como acabamos de ver— el abandono de toda filosofía estable, de toda reflexión especulativa, para pasar a la Acción, a la práctica. Esta cultura patrimonial y humana es, pues, a nivel intelectual, el peor enemigo de la Revolución, que intentará destruirla encarnizadamente. Y este encarnizamiento prueba palmariamente que lo que se llama la “cultura tradicional” no es simplemente reflejo de una clase o de una época, sino, al contrario, la cultura fundamental y permanente de la humanidad. Esta cultura, que a través de la historia de la Civilización ha reflejado siempre los mismos sentimientos e idénticas preocupaciones en el corazón de los hombres constituye el más tajante *mentis* posible contra el materialismo histórico, por tratarse de un *mentis* del alma y de la inteligencia.

Ello explica el odio que le tiene la Revolución, odio que la lleva, porque hay que transformar o más bien abolir la naturaleza humana, a intentar el derrocamiento de la cultura por y para la Revolución (12).

La subversión de la cultura.

Es evidente que la Ciudad tiende constantemente hacia un estado de equilibrio, y que las políticas acaban inevitablemente en dogmas. Y es igualmente evidente que la sociedad industrial contemporánea no se escapa, sino todo lo contrario, de esta regla. Pero que su orden establecido sea, en gran medida, artificial, es otra cuestión. Lo que aquí importa es que ella crea un orden, un equilibrio insostenible a la Revolución. Esta va, pues, a utilizar la cultura para pervertir al alma humana y forzarla a no pensar

(12) Esta pretensión no es nueva. Para Rousseau "el que osase emprender la Constitución de un pueblo, debería sentirse en situación de cambiar, por así decir, la naturaleza humana". En *Les cahiers de la Quinzaine*, Péguy sostiene igualmente que "las revoluciones no prenden, no se inflaman, no tendrán éxito, como no pretendan derribar, desarraigar todo el sistema social, moral y mental.. Una revolución no es nada, como no sea la introducción de un nuevo plan, como no se comprometa en una novísima visión, en una novísima perspectiva, en una novísima vida... Una revolución no es revolución como no lo sea entera, global, total, absoluta...". Jean de Febrègues escribe a su vez: "La Revolución es redención, es también creación, nueva creación del mundo... La Revolución también engendra a un hombre nuevo" (*Revolution ou la foi*).

Se ha podido decir por ello que el proyecto revolucionario era superponible al proyecto religioso (cf. especialmente *Sociologie des révolutions*, por André Decouflé (P: U. F.). Pero esta superposición es, a la vez, una inversión radical, que reemplaza a la fe por la acción, a Dios por la historia, a lo sobrenatural por el mundo, al perfeccionamiento espiritual por el cumplimiento de la conciencia creadora en el devenir histórico. Por eso, el proyecto revolucionario, que es un proyecto para otro mundo" —percibido antes de construido" (Francisco Perroux), proyecto de este mundo rebeldía contra Aquél que lo ha creado, es propiamente satánico.

ya en términos de finalidad. No es otra cosa lo que nos hace entender Francisco Jeanson cuando declara:

“La única acción política que entreveo hoy es una forma de acción cultural. La politización de las conciencias se está haciendo más o menos pasiva... Creo que la acción cultural puede abrir posibilidades nuevas: yo veo en ella como una especie de prope-
déutica de la acción política. Digamos, si os parece preferible, que su finalidad consiste en cambiar las estructuras, pero que es menester también que los hombres estén dispuestos a querer ese cambio” (13).

Trazado el camino, basta con definir sus etapas sucesivas: en primer lugar la “putrefacción” de la “cultura burguesa”; y después la creación de una “cultura totalitaria”.

El “pudrimiento” de la “cultura burguesa”.

Para captar el sentido completo de esta tentativa, sin duda, lo mejor sería citar simplemente a unos cuantos de los autores revolucionarios. Sería muy demostrativo, pero también monótono. Por eso no voy a citar en definitiva más que a uno solo, muerto ya hace meses, el escritor pro-chino Juan Baby, que expone así la finalidad perseguida:

“... Transformar la conciencia de los hombres y de las mujeres para que renuncien poco a poco a todos sus prejuicios, a todas sus costumbres, a todas sus creencias, que son el producto de un largo pasado de temor, de servidumbre y de privilegios (...). Será menester ayudar a hombres y mujeres a poner progresivamente en duda todas sus formas de pensar y todas sus costumbres, que ordenaron sus vidas hasta ahora. Toda la cultura anterior, todas las formas de civilización deberán ser tamizadas para despreciar todo lo que sea obstáculo a la organi-

(13) *Profil-Bourgogne*, núm. 5, del 15 de mayo de 1967. Citado por M. C. Gousseau en “Action doctrinale.. action culturelle” (artículo aparecido en *Permanences*, núm. 45).

zación de la nueva sociedad" (14). Se va, pues, a delatar en la «vieja cultura» su dicción intelectual de clase en el poder, a la que se bautizará de «burguesa» muy sumariamente, para que este tema tenga el valor movilizante de un *slogan*. Todo lo que induzca a nuevas críticas será estimado y objeto de sabios análisis, para ser de nuevo inyectado en el cuerpo social por medio de «la jeringa aséptica del sociólogo»... Ante parejo asalto la mayoría de los artistas quedarán presos de un terrible temor: el de estar «pasados de moda»...

Cuando se consiga esto ya no habrá más cultura: la moda la habrá reemplazado. Y esta mudanza se va a acelerar más aún en nuestros días gracias a la comercialización de los objetos culturales y su pretendida democratización en el seno de la sociedad de masas (15). De ello resulta que las élites, bien por conformismo, bien por exclusión en los circuitos de difusión artística, van quedando poco a poco eliminadas, y la cultura tradicional propiamente dicha, desacreditada, si no inexistente. Vendrá entonces el reino de esos "ídolos" de la cultura, que no son otra cosa que los falsarios del saber y contra los cuales Cocteau pronunció estas palabras tan duras:

"No solamente la mediocridad piensa, sino también la idiotez. Se le ofrecen tribunas y estrados. Allí sube a pie firme, se desnuda y se consterna (...). Demasiados libros bajo los cuales los que conviene leer desaparecen y mueren sofocados. Demasiadas tonadillas reputadas como poemas. Demasiadas cantantes reputadas como trágicas. Demasiadas trágicas que cantan. Demasiadas bobadas repartidas sin ton ni son. ¿Se puede imaginar fácilmente adónde descendería una escuela a la que obedecería su maes-

(14) Juan Baby. *La grande controverse sino-soviétique* (edic. Bernard Grasset, art. 1966).

(15) Este aspecto actual de la cultura está admirablemente analizado en el libro de Etienne Gilson: *La société de masse et sa culture*. (Ed. Vrin, París, 1967).

tro" (16). Pero Cocteau ya no tendría hoy necesidad de imaginar para observar este "descenso"...

Este reinado de la moda es igualmente el de la originalidad a cualquier precio. Cualquier obra es investigación, cualquier pensamiento, crítica. El lenguaje ha de ser novador, y sus asuntos un problema... Un solo tema es tratado: lo inédito. La originalidad llega a ser costumbre, y el inconformismo se refugia en la tradición... En Nueva York, con motivo de un espectáculo, que es algo así como el manifiesto "hippy" y que se llama "Hair", la publicidad afirma que a partir del mismo, "Broadway ya nunca será como antes"... En realidad este espectáculo, que llega a Europa este año, es la peor imagen del teatro comercial y groseramente "taquillero", con una sabia mezcla, de ahora en adelante ritual, de erotismo, de drogas y de gritos de animales. En nombre de la renovación, se repiten monótona y aburridamente el vicio y la estupidez, que se entroniza.

Pero este nuevo orden tiene también sus bufones en la cofradía de los Intelectuales, cenáculo curioso, en el que cada cual se apura por todo, pero no aguanta nada; en el que todos, para citar la frase de Eisenhower, "utilizan más palabras de las necesarias para decir más de lo que es menester"... Estos Intelectuales recibirán un lugar privilegiado y envidiado siempre que mantengan la corriente del nuevo arte de acusación y reinquisición. Es todo el significado del teatro moderno, particularmente para Bertolt Brecht. Este dramaturgo alemán estima, en efecto, que la obra teatral debe dejar de identificar al espectador con los acontecimientos de la escena, a fin de obtener una "disociación", una "distanciación". Todo lo representado en la escena debe ser, según Brecht, insólito, para hacer que crezca en el público un sentimiento de absurdo y una necesidad de derribar a ese mundo insólito que se le manifiesta. Se utiliza así el buen juicio del espectador para incitarle a derribar un mundo intolerable, que es un mundo imaginario. Es más, se le invita en ese momento

(16) *La Nef* (núm. de dic. de 1955): el Progreso al servicio del hombre.

a subir a escena, a reunirse con los actores para hacerle perder todo sentido de realidad, para abolir las antiguas distinciones. El espectáculo americano, "Dionysus in 69", presentado esta primavera en Europa, intenta "hacer participar al espectador en un delirio dionisiaco, y le fuerza a entrar en el ritual teatral". Por otra parte, el teatro se desplaza cada vez más hacia la calle: en Francia, recientemente, ¿no ha declarado un pintor haber realizado una obra maestra teatral por haber embadurnado de rojo la cara de un ministro? Y este ministro, no le ha devuelto la mejor de sus respuestas embadurnando a su vez de rojo la cara del pintor? Lo que cuenta es, pues, únicamente la posibilidad, para el Arte, de desembocar en la Acción. La imagen cultural debe poseer una virtud de convulsión, debe admitir la negación de la sociedad. Debe tender hacia la Revolución, ser un elemento esencial de la lucha política, un instrumento de desintegración de la "antigua cultura" y de creación de una nueva mentalidad con criterios radicalmente opuestos.

La creación de una cultura totalitaria.

Negada la necesaria conformidad de la cultura con el orden natural, la Revolución, una vez en el poder, pone esa cultura al servicio del orden totalitario, al que engendra inevitablemente. De ella no hará más que un simple capítulo del Plan y un engranaje de la dictadura, sometiéndola a una presión y a un dominio total (17). Los intelectuales ya no serán más payasos, sino clowns tristes. La comedia acabará, para ellos, en drama, pues no les quedará más que servir o emigrar, callarse o morir. Y si esta evocación hace recordar a Chanof, el harto famoso procurador cultural de Stalin, no ha de hacernos olvidar tampoco que, bajo el III Reich, José Goebbels, ministro de Cultura, lo era también de Propaganda. Porque el término "revolución cul-

(17) Léase en esta materia: *Planification de la Culture et des Loisirs*, por M. C. Gousseau.

tural” procede del nacionalsocialismo... Intentaban ya los nazis renovar profundamente el arte y crear obras que llegaran hasta lo más profundo del alma popular. Mao no ha hecho más que renovar esta ambición, comprendiendo la importancia del movimiento cultural para la realización de la Revolución (18). La gran revolución cultural proletaria tiene por finalidad, declara Mao. “la de revolucionar el pensamiento del hombre... Nuestra labor está regida por miles de reglas, que pueden resumirse en último análisis en una sola frase: *transformar el alma humana*”.

La inspiración artística debe ser la expresión de una práctica: hay que hincarla en el pueblo, es decir, en la masa de todos quienes “aprueben y sostengan la obra de edificación socialista participando en ella” (19). Los artistas se meterán, pues, en la escuela de las masas, para traducir sus vidas a un arte revolucionario estilizado, para crear todas las categorías de personas, y ayudar, de esta forma, a las masas para “avanzar en el curso de la Historia”. En cierta manera, y para hablar con el vocabulario marxista, la nueva cultura será la infraestructura del mañana; pero como es en realidad una superestructura, deberá adquirir una fuerza material penetrando en las masas y reflejando su vida. Por medio de este dinamismo planificado se procura cambiar nuestras almas humanas... Y es, en este preciso momento de reflexión, cuando es preciso proponer la cuestión siguiente:

¿Cuál es el significado profundo de esta ambición?

¡Cambiar a la naturaleza humana! He aquí el objetivo, al que apunta la Revolución convulsionando la cultura. Pero la naturaleza humana tiene un origen divino. La cultura no es más que su reflejo. En su odio a Dios, los revolucionarios atribuyen, pues, a la cultura un papel que no puede desempeñar. Su ambición

(18) Es el tema general de la célebre charla sobre la literatura y el arte en el Yenón en 23 de mayo de 1942.

(19) *De la juste solution des contradictions au sein du peuple* (1957).

profunda consiste en erigirla en absoluto. ¿Por qué? Porque, como nos enseña Roger Garaudy, la cultura es "lo que hay en nosotros de específicamente humano... No conocemos otro culto que la cultura..., otro sacramento como no sea esa creación continua del hombre por el hombre, por el combate militante, por la creación artística" (20). Para un revolucionario la cultura simboliza al hombre-creador, al hombre-Dios. En el universo ateo de un Malroux, la cultura es lo que nos permite sobrevivir después de la muerte. Es la eternidad, "la respuesta al hombre cuando se pregunta qué hace sobre la tierra" (21). Es una religión, cuyas casas de Cultura serán sus catedrales, pero cuyos fieles no rezarán todos a una voz; y que, buscando a Dios para salir de sus miserias, se vuelven a encontrar finalmente ante sus propias miserias. Por ello, esta religión de la cultura no puede conducir más que a repulsiones desesperadas y trágicas, que pueblan la literatura del siglo xx, de Rimbaud a Camus, pasando por Drieu. Porque la lógica del absurdo termina en el motín o en el suicidio, que no son sino las dos formas de una misma repulsión, la de la realidad y la del orden que en ella se descubren... La cultura no puede ser un absoluto, no puede ser al mismo tiempo medio y fin. Erigida en absoluto, la cultura ya no tiene auténtica finalidad. Y sin finalidad, sin conformidad con el orden natural, está abocada a pasar sin descanso del esoterismo a la animalidad, y del absurdo al totalitarismo del arte oficial o de cualquier realismo socialista...

Y, como llega el momento de terminar, tenemos que sacar lecciones de esta crisis cultural. ¿No son el signo del pecado contra el Espíritu, contra el Espíritu Santo, que da a los hombres el entendimiento y la ciencia, el consejo y la fortaleza, la piedad, la sabiduría y el temor de Dios? Ya que, por la nueva cultura, ¿no intenta la Revolución separar este entendimiento y esta ciencia de la piedad y del temor de Dios? La cultura revolucionaria,

(20) *L'homme chrétien et l'homme marxiste* (La Platine, 1964): estos temas también desarrollados en *Marxisme du XX^e siècle* (1966).

(21) Discurso de Malroux en la Casa de la Cultura de Amiens, de 19 de marzo de 1966.

que ataca a las verdades enseñadas por la Iglesia, que desespera de la salvación y que se obstina en el pecado y en la impenitencia final, ¿no comete ese pecado contra el Espíritu, "el único que nunca será perdonado ni en este mundo ni en el otro"? (Mat. 12-13).

Tampoco podemos ignorar la advertencia lanzada al mundo por Pablo VI en su último mensaje de Navidad, a propósito de "tantos espíritus representativos de la cultura moderna":

"Nunca, posiblemente, como en nuestros días, la literatura, el espectáculo, el arte, el pensamiento filosófico, han tratado de forma más despiadada sobre la deficiencia del hombre, sobre su debilidad mental, sobre su propensión a la delincuencia, sobre su provocadora crueldad, sobre sus posibilidades de abyección, sobre su inconsistente personalidad."

He ahí al pobre "Dios", que la Revolución ha escogido... Pero parece que lo ha escogido para destruirlo mejor. Ya que su negación del orden natural la arrastra a caer pronto o tarde bajo el dominio de un orden totalitario. La Revolución quiere hacer de la cultura una pura creación, pero esta creación se cambia en administración. Quiere condenar la antigua cultura, pero es a la nueva a la que tiene que matar. Por no ser el hombre Dios, su deificación no es más que la antecámara de su esclavitud: a la muerte de Dios llega la ejecución de su asesino. Pero, además, ¿qué podrán edificar aquellos cuyo grito, recogido por Bakunin y Nechaiev, es: "nuestra misión es destruir, no construir" ¿Camus no falló al subrayar con algunas palabras admirables:

"Los conquistadores modernos pueden matar, pero parece que no pueden crear (...). A la larga, el arte de nuestras sociedades revolucionarias tendría, pues, que morirse (...). Millones de esclavos constituirán algún día una humanidad por siempre jamás manumitida (...). Al final, cuando el Imperio manumita a la especie entera, la libertad reinará sobre rebaños de esclavos" (*L'Homme révolté*).

Una vez establecido así el diagnóstico, preguntamos si se va

a continuar dejando la cultura en manos de sus asesinos. Esto no es ni siquiera concebible, y creo profundamente que pertenece a la nueva generación, precisamente porque es a ella a la que se pretende utilizar hoy en servicio de la Revolución para paliar la "defección" de la clase obrera, creo que le corresponde capitanear la lucha, que es también la de la juventud eterna. Esta lucha la debe emprender comprendiendo que el placer debe ceder ante el saber, y que la cultura recreativa debe hacerle ante el conocimiento y exposición del orden natural y sobrenatural. Debe recobrar aquella prudencia, que no es la de ayer ni la de mañana, sino la de siempre, y puede que vuelva a encontrar en esos caminos eternos a muchos maestros de su tiempo. A ella le corresponde hacer brillar de nuevo y dar vida a Bourget y a Barrès, a Maurras como a Claudel, a Saint-Exupéry, a Bernanos y a Péguy, a Chesterton y a Bazin... Y testimoniar en su nombre y en el de su pensamiento, cuya verdad profunda, pese a diversidades legítimas y a lagunas inevitables, merece ser aclamada.

Y si algún día se dejase, no obstante, ganar por el desánimo o por el cansancio, podrá en ese día, acudiendo entonces a uno de sus maestros, recordar las palabras de Veuillot: "Temed que la preocupación de dejar de ser amables acabe por quitarnos el valor de ser veraces."

Y este amor por la veracidad es asimismo el mensaje fundamental que nos trasmite San Pío X, bajo cuyo patronato ha sido puesto este congreso: "La civilización no está por inventar ni la nueva ciudad por construir en las nubes. Ha existido y existe: es la civilización cristiana, es la ciudad católica. No se trata más que de instaurarla y restaurarla sin cesar sobre sus fundamentos naturales y divinos, contra los ataques siempre nuevos de la utopía malsana, de la revolución y de la impiedad: *omnia instaurare in Christo*" (22).

* * *

(22) San Pío X. *Carta sobre el Sillon*.

N. B.: Deseosos de llegar pronto a lo esencial no hemos creído útil hablar de la controversia que existe entre los comunistas "ortodoxos" y los "pro-chinos". Los primeros estiman que la cultura progresa gracias a una reinvestigación de lo adquirido, lo que integra, sin despreciarlo, para en seguida sobrepasarlo. Intentan de esta forma recuperar en el pasado lo que pueda servir a la Revolución, en virtud de su concepción materialista de la historia. Por eso escribía Engels:

"Que los dogmáticos hagan valer su fría razón a expensas de lo que se ha sobrepasado en las obras de ayer, nosotros ponemos nuestro gozo en buscar en ellas los gérmenes del porvenir." Concepción ilustrada hoy por Garaudy.

Los "pro-chinos" y nihilistas estiman, por el contrario, que toda cultura adquirida es un obstáculo para la cultura viviente. Es el parecer de Francis Jeanson ("la cultura viviente se hace oponiéndose a todo lo que existe, especialmente a la cultura misma en tanto que pertenece al pasado"). Es asimismo el de Dubuffet, autor de *Asphixiante culture*, cuyas tesis son recogidas en la *Revue de la Ligue de l'Enseignement* (número de octubre de 1968), en un artículo de Juan Audouin:

"Posiblemente la solución propuesta por Dubuffet nos permitirá descubrir horizontes insospechados: "la posición fecunda es, en definitiva, la de la repulsa y réplica a la cultura, más bien que la de la simple incultura" (...). Y para apoyar su propuesta, la creación de institutos de desculturación, en los que sería impartida por monitores especialmente lúcidos una enseñanza de descondicionamiento y de desmitificación extendida a varios años, de manera que se dote a la Nación de un cuerpo de negadores sólidamente entrenados, que mantenga viva la protesta, al menos en los pequeños círculos aislados y excepcionales, en medio de la gran ola general de acuerdo cultural."

Los nihilistas insisten, pues, en la negación y proponen operaciones del tipo de "Odeón 1968" o del "Living Theatre". Es el aspecto de la "putrefacción de la cultura burguesa". Los comunistas del P. C. preconizan, sobre todo, la nacionalización de los me-

dios de difusión artística y de cultura: es el aspecto totalitario. Pero hemos visto que esta controversia no es más que el reflejo de los dos polos entre los cuales oscila la revolución cultural.

Asimismo el P. C. estima que la cultura artística no basta a "liberar" al proletariado ("no es el teatro, el que hará a la revolución, sino la revolución quien hará al teatro", Jean Vilar), mientras que otros, como Jeansar y Malraux conceden a la cultura ese poder. El P. C., en efecto, cree que solamente nuevas aportaciones de producción pueden operar la "desalienación", pero no niega por lo mismo el papel revolucionario del teatro ("no creo que haya sido Beaumarchais quien ha desencadenado la Revolución francesa, lo que no quita el valor de protesta crítica de su *Bodas de Figaro*", Jean Vilar). El P. C. desconfía de la politización de la cultura, en cuanto se le escapa en beneficio de los "izquierdistas libertarios". Tiene sobre todo una oposición gradual entre estos dos conceptos. Además —como ya lo hemos dicho— el marxismo no constituye bajo su forma actual más que una variante de la Revolución, y posiblemente se está incubando bajo nuestros ojos una transformación profunda... En fin, es el propio Roland Leroy, secretario del Comité Central de la Oficina política del P. C. francés, quien ha declarado en Lyon, el 15 de noviembre de 1968: "creo imposible para cualquiera fijar los límites del desarrollo cultural, porque esos límites han sido ya ampliados, hasta donde está nuestro infinito de hoy, por la pujanza creadora de la humanidad". Se vuelve a hallar aquí muy claramente la pretensión, ya señalada, de considerar a la cultura como un absoluto.